

PANDEMONIUM

Precio 25 Cts.

Señorita

Regina Jiménez

(Fot. Hernández)

IMP. ALSINA

La Protección de su Negocio al alcance

LLEVE SU RECIBO

CONTADO

Pesos Centavos

E 6 . 10

de su Mano

Si en tiempos normales es necesario una vigilancia extrema para que el fruto de su trabajo y los rendimientos de su negocio, no sufran quebranto, ¿Cuanto más necesario no lo será en situaciones críticas?

Esto únicamente lo consigue empleando la Máquina Registradora

NATIONAL

de la que es Unico Agente:

A. T. Harrison

Apartado 946 - Teléfono 431

SAN JOSE,
Costa Rica



* * * * * POETAS NACIONALES * * * * *

ACUARELA

Como la giba de un camello inmenso
 en el cielo se esfuma la montaña
 mientras hilan las sombras en descenso
 como una gigantesca telaraña.

El agua oscura que los prados baña
 levanta su canción como un incienso
 y de las selvas en la ruda entraña
 hay un vuelo de cóndores suspenso...

Llueve una paz solemne en esta hora
 del doliente crepúsculo que llora
 la tristeza infinita del vacío,

mientras muere el paisaje sobre el agua
 como un azul motivo que se fragua
 en la página trémula del río...

ZARATUSTRA

Para Omar Dengo

En la lóbrega cueva en que vivía
 el loco destructor impenitente,
 buscó la comunión de una serpiente
 y una águila caudal por compañía.

En su caverna que ignorara el día,
 viviendo obscuridad eternamente,
 el loco fiero consagró a la gente
 el odio de su cruel sabiduría.

Y estalló entre sus labios como un grito
 la enorme imprecación a lo infinito
 retando al sol con infernal grandeza:

«¡Gran Astro! ¡qué sería de tus poderes
 si no fueran las cosas y los seres!»
 Y el sol, bajó contrito la cabeza...

Rogelio Sotela

DEL AMBIENTE

IMPREVISIONES FUNESTAS

Somos muy impresionables. Y si alguien me arguyera que es defecto de la raza esto de la impresionabilidad, había de contestarle, y con razones probarle, que no, que es uno de los tantos lugares comunes que usan los que tienen el *caletre* vacío, aunque en su fuero interno crean que, en talento, corren parejas con Cervantes o Shakespeare. La impresionabilidad nuestra nace, de una parte, de la falta de educación así intelectual como cívica, y de otra, del exceso de luz solar, variedad de paisajes, abandono en que vivimos e ignorancia absoluta de los problemas que nos conciernen.

Vivimos porque sí, porque nuestros padres, mediante la gracia de Dios, se les ocurrió traernos a este pícaro mundo, sin haberles importado ni aun iniciarnos en los grandes problemas que nuestros antecesores nos han legado como triste herencia.

Nos pasamos la vida saboreando con fruición, esa idea tan irreal y absurda que nos hemos forjado de la riqueza de nuestro suelo, y de nuestra suficiencia para en cualquier momento salir airosos de la empresa que acometamos. ¡Valiente ironía!

Y si mediante una causa directa o indirecta salimos de nuestra abstracción, y se nos revela de una manera irrefutable que somos unos idiotas, a semejanza de la bestia que se siente herida por el látigo o el aguijón, lanzamos unas cuantas coces, alborotamos cuanto nos viene en ganas, proferimos unos cuantos denuestos e interjecciones, y pasado el estado de sobreexcitación, volvemos a nuestra vida estúpida y ordinaria, hasta que se presente nueva ocasión de hacer gala de nuestra *inconsciencia* y de nuestra falta de sentido común.

Hagamos historia.

Durante el tiempo que duró la ridícula y decantada campaña de mora-

lización, se hicieron juicios y conjeturas para todos los gustos; en los corrillos callejeros y hasta en los centros y círculos, se *despotricó* a tontas y a locas; las autoridades impartieron órdenes, y hasta se aseguraba que el mal había de ser cortado de raíz. No tendríamos que esforzarnos mucho para demostrar que al acometer la campaña, los instigadores carecían de un conocimiento absoluto de la magnitud del mal, y de las restricciones que había que emplear para hacerlo desaparecer; así como también los que tomaron a su cuidado tamaña empresa, no hicieron más que ir de ridículo en ridículo, de torpeza en torpeza, hasta provocar la risa en unos, y, la indignación en los más, dándose casos tan inauditos, como al dejarse llevar de un celo inspirado en el desconocimiento de la propia misión, ofender y perseguir a personas bajo todos aspectos respetables y virtuosas, dejando en la mayor libertad a los elementos perniciosos, contra quienes se dictaran órdenes de perseguir.

Pasó la fiebre de depuración moral; duró muy pocos días; todo volvió al mismo estado en que estaba anteriormente; nadie ha vuelto a preocuparse de la cuestión, y a consecuencia de la falta de vigilancia e indiferencia de los llamados a velar por la tranquilidad y decencia públicas, los rateros pululan a su antojo, *operando* con el mayor descaro aun en el centro de la población; las mujercuelas entregadas a una vida *non sancta*, frecuentan los sitios más céntricos, permitiéndose concurrir a los lugares de recreo, codeándose con nuestra mejor sociedad si así les viniera en ganas; y toda esa legión de gente maleante campea por su respeto a despecho de las promesas *de quien ha de sentir la ligereza* con que procedió al señalarse en una cuestión tan ardua, y al haber quedado sin cumplir la solemne promesa de que, desde entonces para adelante no

había de sufrir menoscabo la moral.

Pasemos a otra cuestión de orden distinto.

Durante mucho tiempo, bien valiéndose de medios como el anuncio *rimbombante* en la prensa, o la difusión por medio de agentes creados expreso, de negocios en todas partes perseguidos, un banquero de esta capital consiguió encerrar en sus cajas los ahorros representativos de muchas vigilias, miserias y privaciones de gente honrada, en su mayoría del campo: estos ahorros por alguna práctica de encantamiento se esfumaron, esfumándose o *tomado el olivo* también su guardador, sin que los encargados de poner coto a tales desmanes se hayan preocupado de que es muy posible que haya quién se dedique a las mismas prácticas y explotación de incautos, limitándose como es fama a seguir los procedimientos legales, de antiguo puestos en práctica, sean o no defectuosos.

Pasaron los primeros días de estupor, en que se hicieron comentarios para todos los gustos; se trazaron los perjudicados y los que no les afectaba reglas de conducta y propósitos de enmienda para lo porvenir, y ya creyéndose, cual más, cual menos, con la conciencia tranquila, por haber gritado y dado soluciones para todos los gustos, con un gesto olímpico volvieron a su vida rutinaria, hasta que apenas repuestos les sorprendió el escándalo más grande que registran los pueblos, cual es el de la quiebra del Banco Comercial.

La hofetada mayor que pudieran recibir nuestros poderes constituidos; el mayor insulto que pudiera hacerse a un país, la han dado y lo han hecho los que pertenecen al Banco Comercial.

¿Pero quién tiene la culpa? Acaso lo acontecido ¿no está inspirado en la falta de respeto de personas que llegaron al país y valiéndose de toda clase de medios ilícitos, aunque no penado por las leyes, cual es la usura, se han enriquecido de la manera más ignominiosa que darse puede? Analizando

los hechos y los antecedentes que se han hecho públicos, ¿no hay motivo a pensar que desde los directores hasta el último empleado de ese mismo banco, al conducirse de la manera que lo han hecho, era porque contaban con la aquiescencia de quien a su custodia estaba encomendada la salvaguardia de tantos intereses, y por pensar que ocurra lo que quiera a la postre han de salir airosos, destruyendo no sé por qué medios, los cargos que se les hagan?

Y aún destruyendo lo expuesto, ¿quién es en este caso el culpable?

Supongamos un jefe de familia, todo lo amante del hogar, y con todos los atributos y virtudes con que queramos ensalzarle, pero que por el exceso de cariño que siente por los suyos, por falta de carácter o por un desconocimiento de los límites que tiene la condescendencia paternal, pasa por alto, hoy una travesura del niño, mañana deja sin poner la debida sanción a un desacierto del adolescente, y después, no reprende, corrige o castiga un insulto, o una imprecación proferida en su presencia; cosas de la que se saca que el niño convertido en hombre, sin freno alguno en sus caprichos e insolencias, y habiendo perdido todo respeto al autor de sus días, no es, no puede ser responsable de los actos que cometa, el responsable ha de serlo su mismo padre, que no supo a tiempo encauzar las inclinaciones aviesas del niño: y en los achaques de la familia aunque el jefe sea el responsable ¿quién le podrá castigar?

Si en la actual guerra europea un general o un soldado cometen un error, según la magnitud así es el castigo, pero si el error es cometido por un rey de una de las naciones beligerantes, ¿quién castiga al rey?

Y si aquí, como estamos viendo, el Estado se ha convertido en desfacedor de agravios, no está bien claro demostrado que la causa no es otra que el errumbre que tiene recubiertos los engranajes de la rueda administrativa.

Tromil

DE MIS CORRERIAS

AL PASAR POR QUERÉTARO

Algunas horas después de abandonar la ciudad de Méjico en un vagón del ferro carril Nacional, y después de atravesar paisajes desolados que nada dicen a la imaginación del viajero, se llega a Querétaro.

¡Querétaro! Ciudad famosa en la Historia; pero no por sus monumentos artísticos o arqueológicos, como Mitla, Palenque o Teotihuacan; no por sus ópalos, tan temidos por la superstición mejicana y tan solicitados por la despreocupación yankee; no por haber sido,—según el pensar de algunos,—cuna de la definitiva emancipación mejicana...

Querétaro es una ciudad famosa y conocida en el mundo, por haber servido de escenario a una de las más crueles tragedias que pudieron engendrar, la injusticia disfrazada de razón y la ofuscación disfrazada de patriotismo.

Querétaro es famosa, porque allí cerca, en aquel fatídico «Cerro de las Campanas» fué fusilado un hombre bueno, un hombre honrado, un hombre de buena fe que cometió la tontería de creer una especie de «cuento de hadas», que le fueron a referir al poético castillo de Miramar, hombres que necesitaban un pretexto cualquiera para cubrir sus ambiciones y pisotear la independencia mejicana.

Allí, en aquel cerro, murió como un valiente, casi como un mártir, aquel emperador Maximiliano, aquel hombre bueno que lo más que mereció, fué pasar a la historia con el sobrenombre de «Iluso». Eso fué y no otra cosa aquel desgraciado emperador, fusilado, juntamente con los generales Miramón y Mejía, en una hermosa mañana del mes de junio de mil ochocientos sesenta y siete.

Al retumbar en aquellos montes la descarga homicida, debió repercutir en el corazón de Juárez y más aun en

el de Lerdo de Tejada, cuya famosísima frase, «ahora o nunca», en lugar de ser cantada por los mejicanos, debía ocultarse como un baldón histórico.

Seguramente Juárez, por las buenas cosas que hizo, merece la gratitud y admiración de los mejicanos; pero aquella inútil tragedia de Querétaro, será siempre considerada por los hombres imparciales, como un *borrón* caído sobre la limpia hoja de servicios de aquel hombre, que supo elevarse desde las últimas capas sociales hasta la presidencia de la República: de aquel indio de Oaxaca que todo lo debió a su propio esfuerzo, y a quien ha llegado a llamarse «el benemérito de las Américas».

Algunos mejicanos creen que Juárez hubiera perdonado a Maximiliano, si no hubiese sido azuzado por Lerdo de Tejada; según otros, no podía perdonarlo. Para estos últimos, «perdonar a Maximiliano y enviarlo a Europa, era exponerse a que volviese a Méjico y siguiese la guerra fratricida». Y de la misma manera que recargan argumentos los que no tienen seguridad de probar una cosa, citan los que aprueban el fusilamiento, un antecedente, que—según mi pobre criterio—prueba todo lo contrario de lo que ellos pretenden probar:

Dicen: «Allí está el ejemplo de Iturbide». A esos se les puede contestar: Iturbide volvió, porque tratándose de un país que era el suyo, y en el cual,—aparte sus desaciertos—había hecho una porción de cosas laudables, que luego le han sido reconocidas por la imparcialidad histórica, no pudo creer que en lugar de más o menos partidarios que le siguiesen, había de encontrarse con unas cuantas balas que segasen su vida, junto con su *retoñante* ambición.

Por el contrario; si se hubiese perdonado a Maximiliano y se le hubiese dejado tornar a sus lares austriacos,

no era de suponer que volviese a correr aventuras en un país donde había visto la muerte tan de cerca; donde había podido ver que era completamente impopular, odiado por todos los mejicanos verdaderamente patriotas, y únicamente adulado—más que sostenido—por una camarilla que luchaba por no caer junto con el que no había sido más que una especie de *testaferro*.

Todo eso pensaba yo contemplando el Cerro de las Campanas; todo eso pensaba yo que nunca fuí monárquico ferviente, ni mucho menos; pero que siempre procuré ser imparcial...

El tren que se había detenido bastante tiempo en la estación de Querétaro, comenzaba a desperezarse para seguir su viaje a San Luis Potosí, donde yo me dirigía...

Los vendedores de *camotes*, y de ópalos más o menos aceptables, pregonaban a grito pelado sus mercancías, y las ofrecían colgándose de las ventanillas, a modo de racimos de carne india, sucia y mal oliente...

Y poco después, cuando sonó el pitazo de despedida y el antipático *gringo* pronunció el sacramental «vamonos», perdí de vista el repetido Cerro de las campanas, por donde parecen vagar como almas en pena los espectros del emperador Maximiliano y de sus lugartenientes Miramón y Mejía; y pensaba en que aquellos dos generales—más o menos improvisados—se ganaron *a pulso* aquel trágico final de su vida, por haber luchado en contra de sus hermanos, los verdaderos patriotas mejicanos.

El tren corría a toda marcha; y yo seguía pensando en aquel desgraciado emperador, a quien yo llamo «Maximiliano el Iluso» y a quien otros llaman «el emperador de la barba florida».

José Tomás y Masbou

FRANCIA

¡Francia! ¡Palabra hermosa! ¡País hermoso! ¡Qué alma altiva vive en esa Francia ahora oprimida y torturada!

¡Qué campaneó subirá a los cielos cuando el último invasor trasponga el borde de las provincias perdidas! ¡Francia! En tus momentos de apuro, el país por el cual el corazón más sufre. ¿Por qué? ¿Es que eres una Mujer con caricias en tus ojos y en tu manto flotante, con el misterio en tu clara sonrisa de mujer y con esa promesa de eterna constancia que el Hombre jamás ofrece? Es que en tí sentimos, como en ningún otro país, una Aparición, tal como en la que en algunas casas hace la vida segura y amable; una Aparición que puebla el aire de cada cuarto, más preciosa que sus muebles. Quitad las galas, desnudad ese sitio de todas las formas materiales, y allí estará aún la amada, allí estará aún el espíritu afable y ardiente.

¡Francia! Tú, entre todos los países, tienes el don de la Forma Viva, de una gracia coherente, como la de tu propia flor de lis o como la que ronda a La Gioconda, escuchando su vida interior.

¡Francia! Cuando pienso en tí, acude a mi mente la imagen de un tilo, en su vestidura primaveral de brotes delicados que se rompen en gayas hojitas, extáticas de cada viento: en su traje de verano, tan de gala, tan perfumado como los capullos de color de miel; en su manto otoñal, con unas cuantas hojas doradas, tendidas al aire claro, y temblando, temblando con cada aliento del día; y en su pálida desnudez de invierno—siempre la misma deidad substancial de un árbol, perfecta de forma.

¡Francia! Es tu facultad ver esa «alma de las cosas» que llamamos Ideales, dar vida a las verdades que has visto, y de tal suerte concretar y modelar tu visión, que se transformen en la roca espiritual en que se yerguen las naciones.

¡Grande y emocionante camarada! ¡Clara, invencible Francia! ¡Hoy, en tu solemne caballerosidad, jamás fuiste tan noble, tan codiciable, tan leal a Francia y a la Humanidad!

John Galsworttuy

LOS NIÑOS DE LOS POBRES

Paró el automóvil en seco ante la casa-palacio, en hábil maniobra de expertísimo *chauffeur*. Sin dar tiempo a que el lacayo cumpliera su cometido, Herminia abrió la portezuela, saltando, ágil, al enlosado pavimento.

—Espérenme aquí: bajo en seguida. Sólo voy a cambiarme de vestido.

Subió, rápida, la escalera alfombrada, sin detenerse a que prepararan el ascensor ni apenas contestar al ceremonioso saludo del portero. Era, en verdad, su vida un prodigio de actividad incansable, que se deslizaba en pleno vértigo de ocupaciones y quehaceres, unos frívolos, otros piadosos, algunos superfluos, pero todos imprescindibles, ya que a ellos le obligaba imperiosamente la vida de relación. Como no era madrugadora—¿quién pudiera serlo acostándose a diario dadas las dos de la mañana?—el día comenzaba para ella después de las once. Harto hacía con bañarse, peinarse y vestirse de primera intención para la hora de comer. Y una vez ingeridos los postres, el automóvil esperaba a la puerta para asistir a juntas y patronatos, cuando no a visitas y reuniones, y, por último, a novenas y obras pías.

Todo ello, ineludible, por supuesto. Cuando alguna vez la embromaba su marido aludiendo a tan ajetreada existencia, Herminia exasperábase, realmente convencida, y deseando convencer a los demás, de que no podía vivirse de otro modo. Casi siempre llegaba tarde a la cena. Y luego de cenar, al teatro en invierno, al circo en primavera o a cualquier reunión aristocrática, de donde regresaba siempre después de media noche...

Como una tromba entró en sus habitaciones, llamando a gritos a su doncella francesa:

—¡Coralie! ¡Coralie! ¡Vamos, pronto, por Dios, que tengo prisa!

Vino al momento Coralie, que ya tenía preparada la toaleta de Hermi-

nia para acudir al *te-bridge* de la baronesa de Mogollón.

—Son cerca de las siete... ¿Cree usted que tendremos bastante con media hora? Porque la colocación de la sobrefalda debe hacerse con mucho cuidado... Me entretuve más de lo que calculaba. Lo mejor hubiera sido salir con este traje; pero como tenía que visitar a mis pobres... ¡Qué horror! Da espanto recorrer esos barrios, ver cómo viven los infelices... Por supuesto, que yo dejo el *auto* lejos de las casas donde voy; si me vieran bajar de él les parecería poco lo que les llevo... A ver, Coralie, fijese en este fruncido... Perfectamente; ahora queda bien. El sombrero. ¿Me ha preparado usted éste? No... Le dije que el de la *aigrette* de garza... Mientras usted lo trae yo buscaré los guantes, que no sé dónde los he puesto.

Interrumpió su charla frívola para recorrer la habitación, con versatilidad de mariposa, en busca de los guantes. Encontró uno sobre el tocador. ¡Bah! Con estrenar un par nuevo... Pero al dirigirse al armario donde guardaba el estuche guantero vió en un rincón el cajoncito de las estampas con que Nené, su hija, quedó jugando al salir ella a prima tarde.

—¡Coralie! ¡Coralie! ¿Dónde se mete usted, mujer?

Apareció la doncella con el sombrero de la *aigrette* en la mano.

—La señora me mandó que sacara el sombrero...

—Es verdad... Pero eso ya no me interesa. ¿Dónde está la niña?

Quedó indecisa Coralie.

—No sé de cierto, señora...

—¿Habrás salido?

—Creo que no. Hace un momento he hablado con Fraulein y no estaba vestida de calle.

—¡Que venga Fraulein al momento! Corra usted, avísela. Y si no, deje, tocaré el timbre tres veces: es su señal.

Impaciente, sin terminar de vestirse, Herminia salió al pasillo, al extremo del cual divisábase, marchando cansinamente, la institutriz alemana, con su inexpressiva cara de dogo.

—¡Fraulein! ¡Pronto! ¿Dónde está Nené?

La faz de la teutona permaneció impassible.

—¡Oh! Yo ignoro. Señorita Nené terminó deberes hace rato.

—Pero usted debe vigilarla siempre Fraulein. ¿Qué tranquilidad ha de ser la mía de otro modo? Parece increíble, Fraulein... A ver, que busquen a la niña inmediatamente... Coralie, pregunte usted al portero si la ha visto pasar al jardín. Y usted, Fraulein, cumpla mejor sus obligaciones.

Quedó refunfuñando la alemana. ¡Vaya con la señora! Ser institutriz no es ser esclava, ciertamente... Sin paciencia para esperar arriba, Herminia bajó también. Según el portero, Nené había salido al jardín, rato atrás, sin que él hubiese advertido su regreso. No obstante, pudo subir por la escalera de servicio.

—Vea usted si lo hizo así, Juan. Vaya usted a la cocina, al cuarto de plancha, mientras yo recorro el jardín...

—Me permito asegurar a la señora que son infundados sus temores. Nada malo puede haberle sucedido a la niña.

—Lo creo, Juan; pero ya no vivo. Vaya usted, y vuelva al momento.

Ella salió al jardín, por donde Coralie, de un lado a otro, buscaba a la prófuga.

—¿No está? ¿No está?

—Por lo menos, no la veo, señora... Herminia estaba indignadísima.

—¡Ya veo lo infundado de mi alarma, Juan! Lo cierto es que nadie cumple aquí con su obligación, y será preciso hacer un escarmiento. ¿Es que desaparece así una niña de diez años, como si fuese un alfiler? Telefóneese usted inmediatamente al señor, que estará en el casino. Que venga, a ver qué dispone...

Desde el extremo del jardín, la doncella dió un grito.

—¡Aquí está!

Corrieron todos. En el solar colindante, Nené jugaba con un niño pequeño.

¡Hija! ¡Nené! ¿Qué haces ahí?

Vino al momento, escalando la tapia por un paraje de escasa elevación, con agilidad delatora de la frecuencia con que realizaba, sin duda, el ejercicio.

—¡Pero, niña!

—No me regañes, mamá: yo te explicaré... Muchas tardes, al acabar mis lecciones, hago lo mismo que hoy... Felipa, la guardesa del solar, tiene un niño... ¡Más mono; si lo vieras, mamá...! Yo le oía llorar horas y horas sin consuelo. Y un día que ví a Felipa le pregunté la causa. Como ella tiene, que trabajar fuera, deja solo al pobrecito casi todo el día: a ratos, aburrido, se duerme; otros ratos, desesperado, llora... Yo voy con él y le distraigo, y me quiere mucho... ¿Verdad que no hago mal con ello? Como los pobres tienen que ganarse la vida, abandonan a sus niños, y esto es una pena... Por eso iba yo a entretener al pobrecillo. Pero no lo haré más si tú no quieres...

Herminia se mordió los labios hasta hacerse sangre. En su inconsciencia, Nené acababa de dar a su madre una tremenda lección. Los pobres abandonan a sus hijos para ganarse la vida, y esto es muy triste, aunque necesario. Pero ella, que no era pobre, abandonaba a su hija para vivir una existencia frívola de vanidades más o menos encubiertas, y esto era sencillamente criminal.

—Ven conmigo, Nené, hija mía...

Subieron al gabinete donde Herminia estuvo ataviándose.

—Dame un beso, mi alma. Lejos de regañarte, te bendigo. Buscaremos para esa mujer una ocupación compatible con el cuidado de su hijo. Y en cuanto a tí, vida mía, yo te juro que nunca volverás a verte abandonada, como los niños de las pobres...

Augusto Martínez Olmedilla

NOTAS POÉTICAS



RAFAEL GARCÍA ESCOBAR

LITERATURA SALVADOREÑA

MUSA VIAJERA

Por el desierto de la vida, errante
voy tras la sombra de un ideal risueño;
cuanto más me aproxime, más distante
tal vez esté de realizar mi *sueño*...

Sigo la marcha por sendero estrecho
sin desmayar en mi constante empeño,
y cuando creo estar más satisfecho
se desvanece todo como un *sueño*...

Pero surge en el alma nuevamente
el ideal, otra vez, apetecido
como surgiera en un cerebro ardiente
un recuerdo exhumado del *olvido*!...

Y en marcha por sendero tenebroso
voy sin fuerzas, quizá desvanecido;
a veces soy en el dolor dichoso
y de cada ilusión nace un *olvido*!...

Tegucigalpa, 1907.

LEJOS DE LA TIERRUCA

Todas las noches pienso en mis horas de angustias,
en mis horas de tedio y de amargo sufrir
y veo mis esperanzas tan pálidas y mustias
que pienso entristecido, que pienso entristecido
que es mejor el morir!...

Mis noches son muy largas, muy largas y muy tristes
y en mi cerebro enfermo se agita la ansiedad:
destácanse del tedio las fúnebres tormentas,
y cae sobre mi alma, y cae sobre mi alma
la densa tempestad!...

Yo voy por este mundo como el Judío Errante
sin encontrar remedio pasa mi acerbo mal
y quiero verme lejos, muy lejos y distante
de aquel país de ensueños, de aquel país de ensueños
de mi tierra natal!...

Y voy por el desierto de la existencia humana
sin encontrar oasis en donde descansar:
arreando lentamente la humilde caravana
de mis tristezas hondas, de mis tristezas hondas
y de mi hondo pesar!...

Managua, 1908.

Rafael García Escobar
(Salvadoreño)

SAN JOSÉ DE COSTA RICA

PANDEMÓNIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

DIRECTOR: FRANCISCO LÓPEZ DE LA HOZ

AÑO X

15 DE FEBRERO DE 1915

NÚM. 128



LA GRAN DUQUESA TATIANA,

HIJA DEL ZAR DE RUSIA



El Rey de los belgas con sus soldados en los campos de batalla

EL "FOOT-BALL" Y EL RECLUTAMIENTO EN INGLATERRA

¿Cuál creerán ustedes que es la mayor novedad con que me encuentro en Inglaterra? Que los jugadores profesionales de *foot-ball* y los espectadores que los pagan, no muestran el menor entusiasmo en alistarse para el ejército que lucha en Francia y en Bélgica, y que esta incomprensión de sus deberes, produce grave escándalo entre las clases gobernantes del país.

Se habla de tomar medidas tan graves, como la de que se nieguen los periódicos a publicar reseñas de los partidos de *foot-ball*, la de que el Gobierno los prohíba mientras dure la guerra y la de que se establezca el servicio militar obligatorio, para que no se siga dando el espectáculo de que los generosos y los buenos, viertan su sangre por su patria, mientras los egoístas y los perezosos continúen gozando las delicias de la paz.

¿De qué sirve, se preguntan los ingleses, que los campos de *foot ball* produzcan a Inglaterra millares de atletas, si esos atletas se quedan en sus casas y en sus juegos en la hora en que la patria los necesita en otra parte?

Los demás juegos atléticos del reino han dado al ministro de la Guerra, Lord Kitchener, su proporción de combatientes, y más que su proporción. Los remeros de Oxford y de Cambridge y los jugadores de *golf* y de *cricket* se han alistado por docenas de miles en los ejércitos que se están formando. Y, en general, puede afirmarse que esos juegos han dejado de jugarse, excepto por aquellas personas que para conservación de su salud los necesitan. Los más de sus jugadores se hallan ahora, o en el campo de batalla, o preparándose para ir al combate.



El Zar de Rusia

No ocurre lo mismo con los jugadores de *foot-ball*. Ello depende, en parte, de que la Asociación general no se ha resuelto aún a dictar disposiciones por las que se obligue a los distintos clubs a prescindir de buena parte de los jugadores asalariados y a disminuir el número de partidos.

El caso es que la Prensa no disimula su desencanto. Hasta el propio *Punch* se encaraba recientemente con uno de los atletas del *foot-ball* para decirle en una de sus caricaturas: «No dudo de que en ese campo seguirás ganando aplausos y dinero, pero en la actualidad, no hay más que un

campo en el que se gane honor».

Y es, en verdad, una triste ironía que mientras las gentes de buena sociedad se han alistado en masa, y no como oficiales, sino como simples soldados, para ir a la guerra, continúen los partidos de *foot-ball* y los jugadores y espectadores en sus casas, como si la guerra actual no interesase nada a las grandes masas populares de donde salen los profesionales y los aficionados del *foot-ball*.

Así se ha destruído en cuatro días una de las leyendas de Inglaterra: la leyenda que había creado el duque de Wellington al pronunciar su famosa



La Czarina Alexandra Teodorovna,
emperatriz de Rusia



Un soldado alemán brindando un pequeño árbol de Noel a los soldados ingleses en la última Noche-Buena

frase de que «la batalla de Waterlío se ha ganado en los campos de recreo del colegio de Eton». Durante un siglo ha venido fomentando Inglaterra los deportes atléticos en la esperanza de que en ellos se formarían los soldados que defenderían el país el día de peligro.

En el Congreso de educación moral de 1908 proclamaron los pedagogos ingleses que el sistema de que se valían para ejercitar en la virtud a sus alumnos era el de los juegos atléticos. En ellos enseñaban a los jóvenes la disciplina, el arrojo, la solidaridad, la fortaleza, la buena fe respecto del adversario.

Ahora llega la hora en que Inglaterra tiene necesidad de sus atletas para convertirlos en soldados, y se encuentra con que los más de los atletas prefieren seguir cobrando sus buenos sueldos como jugadores de *foot-ball* a exponerse a que las balas alemanas les agujereen el pellejo.

Advierta el lector que nada digo con ello en desdoro del patriotismo inglés. Inglaterra ha dado a la guerra hasta la fecha más de un millón de voluntarios. Dudo mucho de que ningún otro país europeo hubiese dado otros tantos. Los dos millones que se han alistado en Alemania no son realmente voluntarios, sino hombres a quienes, en su inmensa mayoría, el principio del servicio obligatorio les habría llamado de todos modos a las filas, si ellos no hubiesen acudido espontáneamente.

Pero queda en pie el hecho de que los deportes atléticos no bastan por sí mismos para inculcar a sus cultivadores el sentimiento exaltado del patriotismo. Han ido a la guerra todos los *sportsmen* que eran, además de *sportsmen*, *gentlemen*, hombres de honor. Se han quedado, en cambio, en sus casas, los que eran sólo *sportsmen*.

¿Desecharemos por ello la máxima que se infiere del dicho de Lord We-



Casa de Carborough, donde perecieron cuatro personas a causa del bombardeo de los alemanes.

llington? Nada de eso. Hay una virtud que no puede negarse a los ejercicios atléticos: la de formar generaciones fuertes, duras a la fatiga, resistentes a las inclemencias del tiempo.

La guerra necesita de hombres duros, que puedan realizar marchas forzadas de cuarenta y cincuenta kilómetros, y que no se dejen abatir por el frío que les cala los huesos en las trincheras. En ese sentido, es perfectamente legítimo el dicho de Wellington. La victoria de Waterlloo, se ganó porque el general inglés contaba con gente recia, de buenas piernas y de piel curtida contra el frío.

Pero además, porque esa gente era patriota, porque se sentía henchida de un espíritu que les hacía preferir la muerte de sus personas a la derrota y humillación de su país.

Los ingleses parece que han creído que bastaban los ejercicios físicos para que brotara en el alma el heroísmo patriótico. Ello es absurdo como suponer que le basta a un hombre la salud del cuerpo para que sea enamorado. Pero el amor no es cosa que suba meramente del cuerpo, ni que meramente descienda de la imaginación. Es una doble corriente que sube de lo físico a lo físico, y que baja de lo psíquico a lo físico, porque es, al mismo tiempo, cuerpo y alma.

Y el buen soldado es como el buen enamorado. Necesita ser recio, y para ello adiestrar su cuerpo en ejercicios físicos; pero necesita igualmente adiestrar el espíritu a la idea de arrostrar peligros, y de sacrificarse por su patria el día en que su patria lo exija.

No bastaba con educar a las masas



Destrozos causados por una bomba alemana en un pueblo indefenso de Inglaterra.

populares en el cultivo de los juegos atléticos; había que educarlas también en el espíritu de los *gentlemen* y de los *gentlewomen*.

Inglaterra ha dado ya al mundo el espectáculo glorioso de que sus clases aristocráticas hayan ido en masa a la guerra, de que sus caballeros se hayan hecho soldados, de que sus grandes damas, como las duquesas de Sutherland y de Westminster se hayan hecho enfermeras, y no para quedarse en sus casas, sino para atender a los heridos en el campo de batalla, en los puntos donde estallaban las granadas.

Ahora esas clases gobernantes tienen que buscar el modo de encender en el corazón del pueblo la llama de heroísmo que arde en su propio corazón, desterrando de una vez para siempre la indiferencia de las clases que viven alejadas del santo amor patrio, encauzando las corrientes en forma que respondan todos, *gentlemen* y *sportsmen*, en los momentos de peligro.

Ramiro de Maeztu



Servicio telefónico portátil de campaña, alemán

ALBERTO SIN TIERRA
y GUILLERMO DE ALEMANIA

Bien está que las naciones diriman en frentes de batalla ocupados por miles de hombres, las rencillas de sus reyes. Bien está que a veces la irreflexión de un monarca, ocasione hecatombes históricas entre los pueblos.

La barbarie no se razona: se acepta o se rechaza de plano; y yo la acepo.



Una dama perteneciente a la Cruz Roja sirviendo caldo a los heridos en el campo de batalla



Soldados franceses preparando el *pudding* de Noche-Buena en las trincheras.

Veo en sueños la alcoba de Guillermo II la noche anterior a la declaración de guerra al mundo.

La Emperatriz de Alemania con los ojos secos, y la faz pálida, sentada en su *descalzadora*, contemplando la figura agitada de Guillermo. Guillermo de Hohenzollern, altivo y varonil,

recorriendo la estancia y mirando sin ver con sus pupilas fijas y metálicas.

—A Francia le ha llegado la hora de liquidar conmigo sus cuentas. Necesito cruzar Bélgica, y llegar a París en quince días.

—¿Y si Bélgica no se resigna y se decide a luchar?— preguntaría la Kaiserina. (Cuando un hombre enamorado está lleno de ira, le conviene consultar con su mujer; el amor de ella descubrirá los peligros).

—Alberto de Bélgica, me teme — diría el Kaiser. — Le abriré el paso a mis ejércitos, y con esto Bélgica saldrá ganando.

—Inglaterra podría buscar esta ocasión para atacarte.

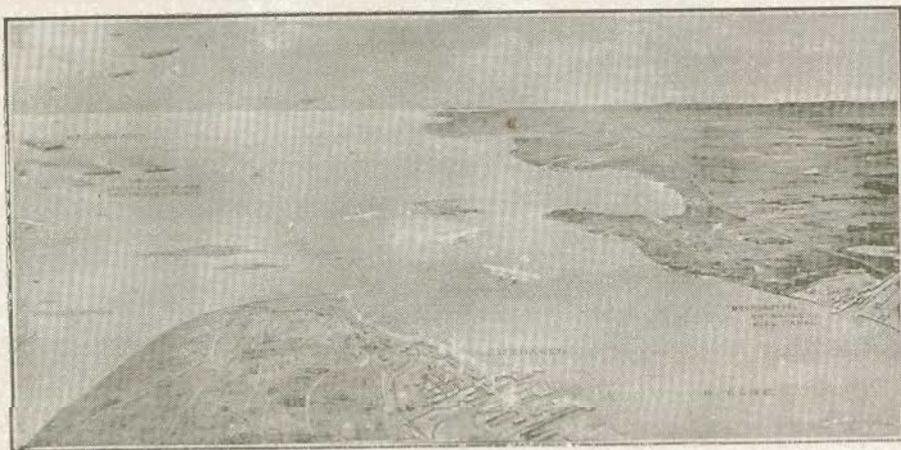
Inglaterra me aborrece. Pero no la temo.

—Pueden ser muchos los enemigos.

—Los venceré a todos.

—Fíjate, Guillermo: por nuestros hijos.

Un gesto enérgico y cortés, hizo en-



Las famosas bases navales, aéreas y de minas alemanas, atacadas por 7 siplanos ingleses.

DISTINTOS ASPECTOS DE LA GRAN TRAGEDIA EUROPEA



1. Soldados de uno de los regimientos ingleses en Francia cocinando en una trinchera.—2. Herido belga conducido al hospital, acompañado por una enfermera perteneciente a la Cruz Roja.—3. Soldados británicos aprovechándose de una tregua en la lucha, calentándose.—4. Profundidad de una trinchera de comunicación.—5. Soldados alemanes e ingleses confraternizando en Noche Buena.—6. Tropas inglesas descansando en las trincheras.

tender a la Kaiserina que sus consejos no eran oportunos.

—Dios mío. Esta declaración de guerra a Francia, ¡cuántos peligros puede traer para Alemania!—dijo la Emperatriz.

Al otro día—27 de julio—la guerra estaba declarada. A los pocos días Bélgica, invadida, peleaba contra los saltadores uniformados. Londres, contra Berlín.

Pero antes de que ningún auxilio llegase, los ejércitos del Kaiser encontraron una resistencia inesperada y tenaz en Bélgica.

Alberto I no temía a Guillermo II.

La Kaiserina no estaba equivocada. Ella, en su corazón de madre y de mujer enamorada, decía:

—Mis hijos, mi marido, son incapaces de aguantar la vejación injustificada de que los haga objeto otro hombre. Los hombres dignos deben ser todos así.

Alberto es un hombre digno. El conflicto, pues, se le vino encima, y él, como un hombre, le salió al encuentro. He ahí todo.

Guillermo se equivocó.

Italia no quiere intervenir en la guerra, a pesar de los tratados de alianza. El Emperador Guillermo, al conocer la negativa de su aliada, dirigió aquel telegrama tan bello a Víctor Manuel. El texto seco y duro, espartano, terminaba así:

«Vencido o vencedor, jamás olvidaré tu traición».

Muy bien. O muy mal. Pero es esa una explosión de ira que le sienta muy bien al Emperador.

Es un rasgo de valiente. Si Guillermo pudiera coger a solas a Víctor Manuel, ¡qué cosas le diría!

Es indudable que para la entrada general quedó mejor, en este caso, el Emperador que el Rey.

Prudencio Iglesias Hermida



El rey Pedro de Serbia contemplando la retirada de Belgrado de los alemanes.

INVENTOS BÉLICOS



Caballos extra-planos, de gran utilidad para evitar el blanco de toda clase de proyectiles

Apuntes cómicos

El ahorro es la base de toda fortuna

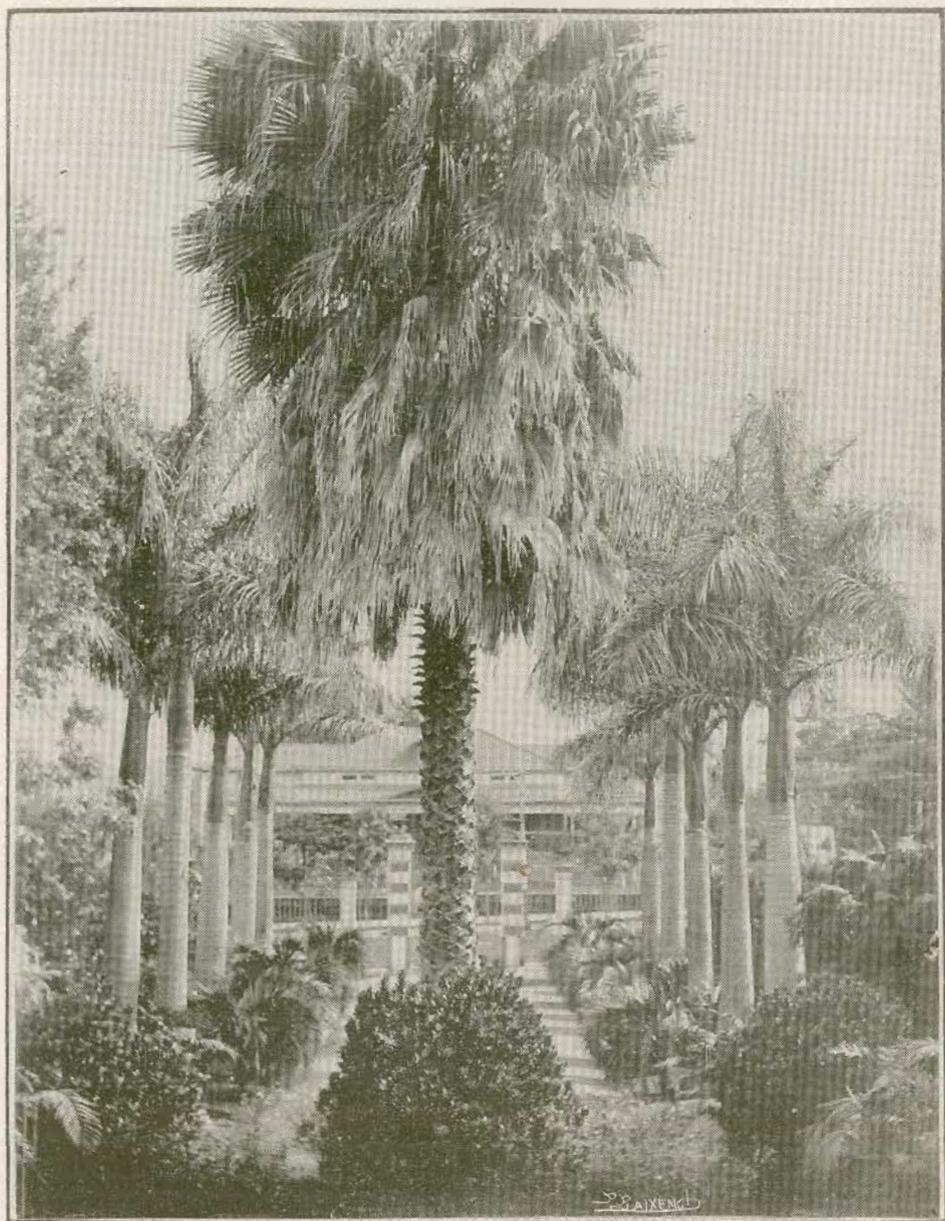


A lo que se han visto obligados a hacer los buenos pagadores



HERNÁNDEZ

SAN JOSÉ PINTORESCO



Un rincón del Asilo Chapuí

UNA FIESTA EN EL CENTRE CATALÁ

Entre las agradables veladas que hemos pasado durante la quincena última, ninguna tan amena como la que nos ofreció en la noche del siete el Centre Catalá.

Atraídos por la invitación que tan galantemente nos remitieron de la expresada sociedad, acudimos a la hora indicada en el programa a disfrutar del atrayente espectáculo que tuvo verificativo en el salón de actos de tan simpática institución.

Sin anuncios de fatuosidad a que estamos acostumbrados y con la sencillez propia de humildes artesanos, ofreció el Centre Catalá a sus socios e invitados, como acto fructivo, la representación de la comedia del gran Benavente, *El Príncipe azul que todo lo aprendió en los libros*, comedia que forma parte de la preciosa colección del teatro infantil, escrita por aquel genial dramaturgo.

La representación nos sorprendió en gran manera: creíamos asistir a un acto infantil en donde las diferentes partes desempeñaran los papeles confiados, en forma autómeta, tal como pronuncian los niños las recitaciones escolares, y nos engañamos, pues que la mayor parte de los pequeños artistas interpretaron los diferentes personajes de la obra con una expresión, un colorido tan natural, que bien podemos decir, sin exageración, no es dable pedir más a tan pequeños actores.

Por las tendencias moralizadoras de la obra, que, como todas las creaciones de Benavente, va encaminada a corregir abusos creados; el espectáculo a que asistimos merecía ya por anti-

cipado nuestra aprobación, y por el acierto en la elección de la misma, felicitamos a la colectividad de la cual fuimos huéspedes por tan breve y agradable rato.

Y a los ingenuos artistas, a ellos nuestro aplauso entusiasta, aplauso que hacemos extensivo al Director de la pequeña *troupe*, don Jaime Tormo, por el esfuerzo que representa el lograr una interpretación tan ajustada en actores de tan poca edad.

Aquí terminaríamos nuestras impresiones respecto a la velada, pero nos permitimos, como muestra de admiración a la colectividad de que fuimos visitantes, alentarla a proseguir en el camino que ella misma se ha trazado. Las colonias deben honrar siempre el país de que proceden y ninguna manera más eficaz para hacerlo, que dar espectáculos en sus salones en donde se exponga la cultura del país de que son originarias. Por ello felicitamos al Centre Catalá, pues que, al representar con elementos propios, obras de autores tan afamados como Benavente, en las que domina una acción moral regeneradora, enaltecen, a la par que a la colectividad, el buen nombre de la madre España.

Como remate a la representación con que nos obsequió el Centre, hubo un lucido baile familiar, el cual prolongóse hasta horas avanzadas de la madrugada; hora en que salimos completamente satisfechos de los salones de la simpática asociación, que ha sabido dar la nota más alta de lo que pueden hacer las agrupaciones cuando la buena voluntad es lo que priva entre los asociados.

EN EL «CENTRE CATALÀ»



La Compañía Infantil, que debutó con gran éxito en la representación de la comedia del gran Benavente «El Príncipe que todo lo aprendió en los libros».

MAS SALVAJE QUE LA GUERRA

No hemos querido, no queremos hacer comentarios a la guerra europea, porque nuestra pluma había de resistirse a copiar fielmente la impresión que nos producen las escenas que allí pasan, escenas de horror, que al corazón más empedernido y al de más criminales sentimientos arrancan gritos de dolor: pero hay cosas que duelen tanto a la gente bien nacida, que no pueden pasarse sin hacer la más solemne protesta a fuer de humanos.

Todo allí se ha perdido, hasta el respeto a lo divino y humano; nada se respeta, se pisotea el derecho, se destruyen templos, las efigies en ellas encerrados son objeto de los mayores escarnios; se arrasan pueblos: la soldadesca, en un desenfreno sin precedentes, mancilla honras, violan vírgenes y asesina niños, y por todas partes lleva la desolación y el luto.

En una de las revistas llegadas últimamente de Europa, uno de los dibujantes allí más caracterizados, ha copiado con una exactitud que horripila, en una caricatura, el momento europeo, titúlase esta: «Los santos inocentes de 1914». Un soldado del Kaiser, con un siniestro cuchillo en la siniestra mano, chorreando sangre, da de puñaladas a la moral representada por un niño, a sus pies tendido separada la cabeza del tronco. Hay otro representando el arte arquitectónico: frente a este soldado, otro decapita las artes después de a pisotones haber destrozado el derecho.

No necesita esto comentarios, ya sabemos que esto y algo más ha ocurrido. ¡Y todo, en el siglo en que los sabios se esforzaban por hacernos creer que habíamos llegado al *sumum* de la perfección!

Sigo hojeando esta revista, y unas páginas más adelante encuentro, la reproducción de los juguetes con que los padres alemanes han obsequiado a sus pequeños en la noche de Navidad; son estos: sables, granadas, pro-

yectiles, gorras militares y pequeños obuses de 42.

Inculcan los padres alemanes a sus hijos, en principio, sentimientos más perversos que los que una hiena puede inculcar a los suyos, sentimientos de odio, de destrucción, enteramente contrapuestos con los que sus tiernos corazoncitos abrigan.

¡Los niños! esos seres inocentes que «son en la tierra lo que las estrellas en el cielo, inocentes, puros brillantes. Si así como distinguimos con la vista esos cuerpecillos luminosos que están estremeciéndose en el firmamento, oyéramos su voz, ¡cuán suaves, cuán delicados acentos fueran esos! ¿Lloran, ríen las estrellas en la bóveda celeste? Es la suya una melancólica alegría; pero cuando se la contempla despacio y con amor, parece que están saltando de placer en el regazo de su madre naturaleza. Así son los niños: si el hombre no pasara de cierto número de años, fuera quizás un ser tan puro y amable como el ángel».

¿No tienen los niños derecho a gozar de su inocencia en el tiempo de que dure la infancia?

Pensando lógicamente, no pueden alimentarse sentimientos de esta índole más que en un pueblo, donde sus habitantes siguen las doctrinas de filósofos pertenecientes a la escuela de Kant.

En medio de la voragine que consume a aquellos pueblos, las gentes que quedan han perdido hasta el sentido común después de haber perdido el respeto a Dios.

¿Quién puede imaginarse que ese pueblo que tanto blasona de civilizado haya descendido hasta el punto de querer arrebatar a los niños don tan preciado como el de la inocencia, inculcándoles sentimientos de bandidaje? ¿No es este un signo y un motivo justificado para abominar de la civilización teutona?

F. López

CONSULTORIO FEMENINO

Constantemente llegan a nuestra redacción innumerables cartas de nuestras gentiles y amables lectoras, haciendo consultas o pidiendo consejo a sus cuitas, sin que nos fuera posible contestar, por carecer de una persona discreta y con los conocimientos que requieren cuestiones tan difíciles y delicadas.

En nuestro afán de servir a nuestros lectores, no nos hemos dado reposo hasta encontrar la persona apta para servir esta sección que iniciamos, y en la que han de contestarse todas las consultas o consejos que se pidan, por quien desde hoy forma parte de nuestra redacción y que se oculta bajo el pseudónimo de Carmen, señora de tan acrisolada virtud, profundos conocimientos y tan vinculada con nuestra sociedad, que hay motivo a pensar que ha de dejar cumplidas en demasía nuestras expectativas.

Retirada de la vida de las letras, queridísimas lectoras, hoy, accediendo a los constantes ruegos que se me han hecho, y a los que me ha sido imposible continuar negándome, vuelvo sumamente complacida a laborar dentro de lo que modestamente pueda en esta sección, con el único deseo de conquistar cuando menos vuestro asentimiento, a la par que conseguir vuestra indulgencia, si alguna vez no acertara a interpretar fielmente el asunto que se me encomiende la solución.

Así, pues, doy comienzo a esta tarea, algo *frívola* que llamarán nuestros detractores, pero que cuando menos alguna vez puede que contribuya a aminorar las congojas que con harta frecuencia amargan nuestra vida, producidas por las asechanzas de que somos víctimas, y el estado a que nos tiene relegada nuestra débil conformación.

VIOLETA. — San José. — Encantadora vuestra solución. Así se procede teniendo un concepto tan alto como tenéis de la virtud. Nada de humillaciones. Si él es leal y de veras siente, pasada la primera impresión y averiguado que el delito de que os acusa está forjado por esas falsas amigas que han lanzado la calumnia, volverá arrepentido solicitando perdón.

De ninguna manera: es preferible sufrir un poco, pues si desdecierais a llamar su atención sería bastante para retardar la vuelta.

E. G. — San José. — El abigarramiento es siempre delator de un gusto pésimo. Nada revela mejor el gusto artístico de las mujeres que el esmero y cuidado de las habitaciones. La elegancia ha de ser sencilla. En los salones se han desterrado entre la gente de buen gusto, cuadros, *bibets* y figuritas, por estar reñidas con la higiene.

ALMA SENTIMENTAL. — San José. — Con mucho gusto. No hay indiscreción, antes al contrario. La Naturaleza tiene caprichos muy raros que hay que acatar. Únicamente consultando a un médico discreto; sería muy arriesgado una opinión mía de asunto tan delicado.

AURORA. — San José. — Los siguientes procedimientos a más de sencillos son inofensivos.

1º—Para las manchas del cutis—bálsamo

de tolú 2 partes;—aceite de almendras dulces 4;—aceite de coco 4;—tintura de benjuí 1;—agua destilada 20 partes

2º—Contra la caspa. Lavanda de composee 30 gramos;—mentol cristalizado 7 decigramos;—alcohol de 90º 50 gramos;—agua destilada 45 gramos.

A. M. de T. — San José. — El mal está desgraciadamente muy desarrollado entre nosotras, no siendo otra la causa que el afán de parecer más hermosas, cuando lo que se consigue es lo contrario. No hay nada peor que querer enmendar las obras de la naturaleza. Las pinturas debemos desterrarlas. ¿No es triste ver tanta muchacha linda convertida en una artista de teatro barato? Contienen todas las pinturas sales metálicas que a más de ser nocivas a la salud endurecen y marchitan el cuero de la cara, como a usted le ha sucedido. Si en lo sucesivo y con constancia sigue este régimen, volverá de seguro a recobrar la frescura que anhela.

Cuando menos tres veces por semana ha de lavarse así: a dos cucharadas de leche fresca agrega unas gotas de jugo de limón, lavándose después con agua hervida a la que añadirá de 4 a 5 gotas de tintura de benjuí.

UNA. — Cartago. — Usando simplemente aceite de vaselina líquida, obtendrá el resultado que desea.

Carmen

PAGINAS FEMENINAS

LAS CUNAS PARA BEBES

Es muy frecuente atribuir a la lactancia las enfermedades o pequeñas molestias que padecen los niños en los dos o tres primeros años de su vida, y, sin embargo, la mayor parte de las veces, todos esos trastornos provienen del poco uso que los niños hacen de la cuna.

Cuando viene al mundo un muñequito encantador, toda la familia reclama su derecho a tenerle en brazos, y el angelito se acostumbra a ese balanceo constante, y cuando le

echan en la cuna llora y se desespera.

El tener siempre a los niños entre los brazos es muy perjudicial, entre otras razones, porque se les roba calor. Además, para evitar que sus huesecitos se desvíen o tuerzan, conviene que estén el mayor tiempo posible tendidos horizontalmente. Esta postura favorece extraordinariamente su desarrollo.

Para que los niños estén todo el mayor tiempo posible echados, es preciso tener, por lo menos, tres cunas: el moisés que conocemos, de mimbre, forrado de batista, con su capota plegable, fácil de transportar de un cuarto a otro, sobre todo si se coloca sobre unos pies de madera con ruedas.

La segunda es enteramente como una mesita para servir el te, de esas que, cerradas, parecen una vitrina, con la diferencia de que sólo está cubierta con cristales por tres lados y por encima. El fondo es de tela metálica, y tiene una colchoneta de crin animal, sobre la cual se tiende en verano una mantita de piqué, y en invierno, de franela. En esta cuna puede pasar el niño todo el día al aire, en el jardín o en la terraza, sin temor a las corrientes, puesto que la cuna sólo está abierta por un lado, y el pequeño se oxigena sin el menor peligro.

La tercera cuna es para dormir de noche, y une a lo práctico lo original. Su mecanismo es muy sencillo; se reduce a una armadura de hierro, cuya base tiene mayor peso que la cuna, que está suspendida en la parte superior del aparato, en forma que nunca puede volcar. La cunita es de mimbre, como una caja sin tapa, y, en sentido inverso al de los moisés, tiene una capota completa, forrada de tul, que se cierra herméticamente. Resulta muy práctica porque se adapta a la cama de la madre o de la nodriza, como más convenga, colocándola al mismo nivel o encima.



Al primer momento parece costosísimo tener tres cunas para un solo niño; pero, meditando algunos minutos, se comprende su inmensa utilidad, porque las cunas reemplazan el servicio de una mujer dedicada a tener al niño, que, naturalmente, la necesita a todas horas.

Los niños que pasan sus primeros meses tendidos no tienen nunca una mala digestión, se crían hermosísimos, y cuando empiezan a andar, nunca tuercen los pies.

BELLEZA DE LAS PESTAÑAS

Unas pestañas bonitas son casi indispensables para que una belleza sea perfecta.

Una de las causas que suelen producir mayores estragos es la propensión a tener orzuelos o cualquier otra enfermedad en los párpados, en cuyo caso todo tratamiento sería inútil hasta que el oculista curase radicalmente cualquiera de esos padecimientos. Si la falta de belleza en las pestañas proviene exclusivamente de cierta pereza en el cuidado de los ojos, entonces bastará con someterse al siguiente tratamiento:

Al acostarse es preciso bañar los párpados en agua templada después de hervida, donde se haya disuelto ácido bórico (una cucharada en un cuarto de litros procurando que al enjuagarlos no se irriten, para lo cual es conveniente usar algodón hidrófilo en vez de toallas.

Por la mañana, al despertarse, se repite la operación, siempre sin tocar los ojos con las manos, y en seguida se aplica al borde de los párpados una grasa cualquiera que sea inofensiva para la vista, como, por ejemplo, la crema blanca.

Durante media hora se tiene puesta la crema, empleando ese tiempo en peinarse o en arreglarse las manos. Al cabo de media hora se prepara en un recipiente pequeño, pero donde quepa la cara, agua hervida templada en

cantidad de medio litro, con veinte gotas de zumo de limón, y se sumerge la cara, haciendo primero una prolongada aspiración; dentro del agua se permanece todo el tiempo que se pueda contener la respiración, soportando el picor de los párpados sin llevarse las manos. Tras un breve descanso, se repite la operación segunda vez, y después una tercera, enjugando los ojos con algodón hidrófilo, sin frotarlos, para evitar que se irriten. También será conveniente resguardarse del aire frío hasta que haya pasado, por lo menos, una hora, pues de lo contrario, antes de sentir el efecto deseado sería nocivo.

Roxana



* * * * * TEATRALERIAS * * * * *

Después de haber estado algún tiempo sin tener que soportar la serie no interrumpida de *comiciidios*, *zarzuelidios* y *opereticidios* de compañías que fueron, y que para descanso nuestro, honor a la moral y arte escénico, «ahuecaron el ala» en busca de mejor suerte, el 5 del mes actual, debutó en el Teatro Variedades la Compañía Hispano-Cubana, dirigida por los primeros actores Puértolas y La Presa, sin el toque de bombo tan en boga, pues no puede conceptuarse como tal, el dado por alguien con el único incentivo de no tener que desembolsar los C 0-75+0-05 (que para salvar la hecatombe administrativa que a grito pelado proclaman por ahí, se avecina) para él y su Xantipa.

El público sensato, puesto en guardia desde hace tiempo, al llegar a una compañía se abstiene de concurrir a las representaciones, en evitación de tener que soportar miles de majaderías y despropósitos, que más indignan que entretienen, como se ha probado ahora, no obstante ir reaccionando en todas aquellas piezas no refiadas con sus inclinaciones.

Hemos de confesar paladinamente que, el conjunto sin ser una notabilidad, es más aceptable que importancia se dan sus componentes, siendo raro ver como aquí, elementos de dotes sobresalientes con una modestia que raya en lo inverosímil.

Las obras se representan con propiedad; otra cosa son los tizeretazos dados a algunas obras como «La Generala» y sin explicación, pues la señora Marsili, posee dotes bastantes para revelarse tal cual es en las escenas suprimidas, cuando se ha representado, que a no dudar son las más interesantes.

Cultiva esta compañía dos géneros tan contrapuestos, como dignos de alabanza el uno, y de reproches el otro, la zarzuela seria y el bufo: el género que se cultiva en el Teatro

Alhambra de la Habana, sin entrar a discutir el ingenio y técnica, no podrá encontrar entre nosotros más que un número muy reducido de afectos, y la mayoría adversa, pues que siendo el concepto de la moral tan abstracto, aquí el que tenemos es el más rígido, y que si después de haber soportado tanto tiempo el género sicalíptico, nos lo van a seguir suministrando «correído y aumentado», a más de ser impropio, han de sentir las consecuencias en la taquilla, a no ser que en los programas y en letras muy visibles pongan «Sólo para hombres».

Si teniendo elementos bastantes para representar con seguridades de éxito, obras tantas como traen en el repertorio, y que a más de ser de autores eminentes, gozan del favor de todos los públicos del habla castellana, se avinieran a prescindir del género antes tratado, podríamos gozar una temporada superior a la que nos dió la compañía de Esperanza Iris (ésta no paga el reclamo), puesto que actores, tiples y coros, o como se dice en el *argot* teatral, desde actor a paje, son infinitamente, artísticamente hablando, mejores a los que aquella trafa, aunque en número más reducido.

Para terminar. El actor Puértolas, un artista consciente, y de una escuela exquisita. La Presa, un actor bastante aceptable la señora Marsili, aunque aquí se le han descubierto dotes desconocidas en los conservatorios, (a la Scala de Milán voy a enviar una crítica que conservo, a ver si el director hace propaganda para que se le erija una estatua a su autor, al de la crítica! ¡ mire usted que decir que la voz de la Marsili «es *impostada naturalmente!*»), como tiple cantante llena las aspiraciones del más exigente; la señora Obregón ya le conocemos como inimitable en sus papeles, y la señora González una artista consumada.

Bambalinas

PAGINAS INFANTILES

LA VERDADERA HISTORIA DE LA CIGARRA Y LA HORMIGA

En aquella época en que mi padre, en el pleno vigor de sus fuerzas, alternaba, según las estaciones, el oficio de pescador con el de leñador, yo, que era muy niño aún, vagaba todo el día por el extenso bosque, del cual era algo así como solitario soberano, a quien nadie molestaba; y la mayor parte de los días, internándome por la espesura hasta que no oía los golpes del hacha paterna, visitaba rincones misteriosos e inexplorados, en los cuales crecían las flores más fragantes y las hierbas más extrañas. En todas mis excursiones descubría nuevas maravillas naturales, y contemplándolas, me olvidaba hasta de comer lo que siempre, a prevención, llevaba dispuesto. Lo que no olvidé nunca fué regresar por la tarde a la cabaña paterna llevando un brazado de ramas secas o de piñas para quemar, y hasta una buena cantidad de moras para postre de la cena. Nunca volvía con las manos vacías, porque tenía presente a todas horas el consejo que mi padre no se cansaba de repetirme:

«Diviértete sin hacer daño hasta que seas apto para trabajar; pero hasta cuando juegues acostúmbrate a pensar en el mañana. No seas como la cigarra, que por haber cantado todo el verano, sin pensar en nada más, tuvo que ir a pedir limosna a la hormiga cuando llegó el invierno».

Así me decía mi padre; y aun cuando yo no hubiese visto nunca cigarras en invierno y experimentase gran simpatía hacia el insecto que en las horas en que el sol caliente más sabe cantar y cantar hasta embriagarse con su canto, creía ciegamente las palabras de mi padre, conocedor de muchos secretos de la Naturaleza, de los cuales me enteraba siempre que se ofrecía ocasión oportuna.

Creí luego, y me dediqué a la vida del mar, la que más apagaba mis deseos de aislamiento y de libertad, y frecuentemente recordaba la cariñosa voz amiga que me decía: «¡No seas como la cigarra...!»

Pero llegó un tiempo en que supe que la comparación paterna era totalmente injusta para la infatigable cantora del verano, y aduladora con exceso para la previsora hormiga.

Remontaba yo en aquella ocasión la corriente de un río que se deslizaba majestuoso entre dos orillas muy pobladas de árboles, y como tenía que proveerme de ropas en un pueblo situado más allá del bosque, amarré mi barca en un lugar tranquilo y suficientemente oculto y me dispuse muy de mañanita para la larga caminata. Al regresar preferí caminar por la orilla del río; pero a la hora de más tórrido calor de aquel día de verano me encontré a mitad de camino y me determiné a internarme en el bosque para descansar un poco a la sombra. El bochorno era tal, tan insoportable, que no había ser viviente que escapara a su influjo. Algunas mariposas trataban obstinadamente de libar las flores y no conseguían la menor cantidad de jugo fresco.

De pronto, de la rama de un fresno brotó el canto agudo de una cigarra. Sus notas estridentes parecían responder con repetidas carcajadas a la pesadez de aquella hora estival. Con un poco de paciencia descubrí a la cigarra. Bien podía reirse del calor de los demás: había encontrado alimento fresco y abundante y disfrutaba de él a sus anchas. La cigarra tenía la cabeza pegada a la rama y el aguijón pegado en la corteza del árbol, que había agujereado hasta llegar a la vena por donde circulaba la savia dulce, y la absorbía sin dejar de cantar. Era una cigarra macho (yo sabía que las cigarras hembras no cantan). En el esfuerzo que realizaba para cantar es-

tremeciase su cuerpo, y sus transparentes élitros se levantaban a veces, como si quisieran dejar a las alas libres para volar.

De otro árbol lejano salió a poco otro estridor, y luego otro, y muchos más, hasta que toda la bóveda verde del bosque fué un solo canto, agudísimo y sin tregua.

A veces, a las notas más altas seguía un silbido prolongado, y cuando se callaba una cigarra, las demás parecían que redoblaban su cántico.

La que estaba más cerca de mí era incansable; tanto, que su hembra, a la que pude ver en la misma rama, estaba quieta, casi fascinada por el canto del macho. Éste, de allí a poco, pareció que se agitaba.

Seguía cantando y absorbiendo el jugo del árbol; pero a veces se interrumpía y cambiaba de postura, como si le atacase un dolor repentino. Hubo un momento en que parecía que iba a echar a volar. Tranquilizóse luego, pero no tardó en empezar nuevamente su inquietud; rascó la rama nerviosamente con una pata, se estremeció y acabó por excitar mi curiosidad, que quise satisfacer en el acto.

Me acerqué al fresno calladamente y, encaramándome en un tronco que yacía próximo, pude ver a mi gusto la cigarra y enterarme del motivo de su intranquilidad.

Desde las raíces, del árbol, y subiendo por el tronco hasta la rama donde estaba la cigarra, veíase una numerosa procesión de hormigas. Las que estaban en primer término rodeaban a la cigarra, y yo no advertía claramente si lo que hacían era agredirla o admirarla.

Pronto salí de dudas; no era el canto lo que atraía a las hormigas, sino la humedad fresca y clara que a aquella hora de calor insoportable extraía del árbol la cigarra. Ya porque conocieran esta costumbre del insecto cantor, ya porque el olfato las guiase, subían al árbol con el propósito de tomar parte en el festín que el trabajo ajeno había preparado. Tan era así, que ni una sola hormiga molestaba a la cigarra

hembra, en tanto que el macho estaba materialmente asediado.

Sin temor ni freno oprímían al paciente, le punzaban con sus patas, le mordían para que las dejase pasar... La meta para todas era el punto en el cual había agujereado el árbol la cigarra. Al llegar a él rodeaban el agujijón, relamían las minúsculas gotas de savia que en sus movimientos dejaba escapar aquella, y volvían y aumentaba su número por instantes.

Por fin, la cigarra, que ya no podía soportar tan sañudo ataque, abandonó el puesto y, volando, se trasladó a otra planta. En el acto, el descubierto manantial se cubrió de hormigas. Todas querían disfrutar del agradable jugo; pero la ambición de las primeras que llegaron y la imposibilidad física de succionar como la cigarra fueron causa de que, agotado el líquido, aquel ejército se dispersara, talvez en busca de otra industriosa cigarra que trabajase para ellas.

Ésta es la verdadera historia de las relaciones entre la cigarra y la hormiga, tal como yo lo ví por mis propios ojos, y que destruye la fábula transmitida de padres a hijos, sin que nadie se haya preocupado de comprobar su exactitud.

E. M. Gray

Candor infantil

Mamá! ¡Mamá!

—¿Qué quieres, hija mía!

—La pastilla de jabón se ha puesto mala.

—¿Por qué dices eso?

—Porque ha delgazado desde ayer.

En algo consistirá

—¡Ayer a todos nos sentó mal la leche.

—Pues, hija. Hoy ha vesitado el veterinario la vaca, y está como siempre, que da gusto el verla.

—Estará la malicia en la cañería del agua que echa usted a la leche.

* * Curiosidades, Anécdotas, Chistes * *

Contra los escotes

La legislatura del Illinois ha votado la siguiente ley: «Todo traje femenino destinado a una persona de más de doce años deberá ser cortado de modo que no descubra el cuello sino por encima de su intersección con la clavícula.

El llevar en público un traje confeccionado de otro modo será considerado como un acto impúdico, grosero, indecente y destinado a provocar el vicio y la corrupción en la sociedad.

Ninguna mujer o jovencita deberá descubrir en público sus brazos por encima de la mitad del antebrazo, ni llevar telas transparentes, ni medias caladas, ni faldas-pantalón, ni faldas abiertas por los lados.

Las contraventoras sufrirán la pena de seis meses de cárcel».

Las mujeres de Illinois, furiosas, están celebrando mítines en que piden la abolición de ley tan severa.

Cómo son las selvas tropicales

El profesor Hans Gadon, después de estudiar las selvas tropicales de América, dice que no empieza gradualmente su espesura, sino de repente.

El viajero ve alzarse de pronto un muro impenetrable de vegetación, de árboles y de plantas trepadoras. En ellas sólo puede entrarse cortando y desgajando la espesura que cierra el paso, la cual vuelve a cerrarla al cabo de unas cuantas semanas, excepción hecha de los casos en que, con el tráfico continuo, se ha llegado a formar una senda estrecha y tortuosa, de la cual es imposible desviarse a derecha ni a izquierda.

Una vez dentro, los invasores se encuentran en una selva sombría y espesa, formada por árboles altos y rectos, cuyas ramas se extienden a gran altura sobre la cabeza del viajero, en-

trelazándose y formando una especie de toldo verde, por el cual pasa la luz del sol con mucha dificultad, y en ocasiones no pasa ninguna. La ausencia de luz directa impide el desarrollo de la vegetación baja, y por eso no se encuentran flores ni hierbas. El suelo es oscuro o negro y está cubierto por una gruesa capa de hojas podridas, que forman un moho humeante.

Bajo aquel toldo de verdura, hasta las aves de más vivos colores parecen negras, y aun es mayor contraste cuando se ven sobre el fondo azul del cielo, al través de una brecha en la cubierta del ramaje.

Premios a las criadas

Una agencia de sirvientas de Londres ha encontrado la manera de resolver el problema de las criadas. Para que éstas cumplan bien con su deber, la agencia regala un reloj de oro a cualquier criada que dure cinco años en una casa; un reloj de plata a la que dure dos años, y un broche a la que esté sirviendo en una casa durante un año.

Rascacielos colgantes

Una compañía de gas de Nueva York posee diez edificios de diez y nueve pisos cada uno, y entre ellos otro que sólo tenía doce, y le convenía levantar este último otros siete pisos, para igualarlo a los otros dos y aprovechar así mejor el terreno, pues sabido es lo extraordinariamente caro que es el terreno en la parte céntrica de aquella gran urbe. Al estudiar el trabajo se encontraron, sin embargo, con que los cimientos del edificio de doce pisos no eran suficientes para resistir el peso de los siete pisos que se le querían añadir, y los ingenieros de la compañía, para vencer esta dificultad, resolvieron construir los siete pisos que se habían de añadir al edifi-

cio colgándolos de los edificios contiguos de diez y nueve pisos.

A este efecto se construye sobre los edificios altos un puente de acero de 18,30 metros de largo y 76 metros de altura sobre el nivel del pavimento, y desde este puente se suspenderá el edificio empezando por el piso más alto y bajando piso a piso hasta que llegue a encontrarse con el último del edificio ya construído. Esta extraña construcción, una vez terminada, no se diferenciará en nada de los edificios usuales, pues el grupo inferior de doce pisos aparecerá unido con el superior de siete; pero la construcción se efectuará de tal manera, que los pisos superiores no carguen absolutamente nada sobre la parte del edificio ya existente, de tal manera que podrían derribarse los doce pisos actuales y el grupo superior de siete pisos quedaría intacto suspendido en el aire a una considerable altura.

Si non e vero...

Un individuo se presenta en una casa donde piden portero.

—¿Qué informe me puede usted presentar?—le preguntan.

—He sido portero durante diez años, sin que ningún inquilino se haya quejado de mí.

—Es preciso que venga usted con algún testigo que certifique lo que usted dice.

—Imposible, señor. He sido portero de un cementerio.

Entre amigos

Yo, por mi parte—dice uno,—sólo me casaré con una mujer que ame a los animales.

—Así, al menos, tendrás la seguridad de ser amado.

Manías conyugales

No dirás que yo te fuí a buscar, que te fuí persiguiendo...

—Tampoco la ratonera persigue al ratón..., ¡pero cae el ratón!

Oportunidad

Entre señoras casadas:

—Hay momentos en que mi marido está tan preocupado, que ni me oye cuando le hablo.

—Pues lo mismo le pasa al mío; pero aprovecho estos momentos para hablarle de la cuenta de la modista.

Entre amigos

Hemos estado veinte años sin vernos.

—Efectivamente.

—¿Y qué has hecho en ese tiempo?

—He pasado la vida a los pies de las mujeres.

—¿Habrás sido un Don Juan Tenorio?

—No; he sido zapatero.

En una barbería de pueblo

Un forastero pregunta con alguna escama:

—Diga maestro, ¿esa navaja corta bien?

El barbero, ingenuamente:

—¡Oh, nada de eso! ¡No tenga usted miedo!

Disculpa

Un conocido político dice a un sastre:

—¿Cómo se entiende? ¡Me trae usted el traje y la cuenta al mismo tiempo! ¡Eso es una prueba de desconfianza!

—Perdone usted, ha sido una equivocación—replicó el sastre.—Es que lo hemos confundido a usted con uno de los clientes que pagan.

En una fiesta

Dice una señora a un conocido médico:

—¿Y usted siempre tan ocupado, doctor?

—No me hable usted, señora. No tengo un minuto de descanso. ¡Los enfermos acabarán por matarme!

—Será su desquite.